

La conversión de Hans

(Una historia que parece cuento de Navidad)

Era un misterio aquel Hans... Ahora residía en Zaragoza y trabajaba de mecánico en una importante fábrica perteneciente a un honrado industrial, católico de verdad.

De su vida anterior se sabía poco... Que era austriaco de nacimiento; que había venido a España casi niño aún, juntamente con su padre, para ganarse el pan, y que de su padre había aprendido el oficio que desempeñaba; que luego se había emancipado de su progenitor por causas no bien conocidas...

Por otra parte Hans era honrado, laborioso y cumplidor como el que más de su deber profesional; pero serio, demasiado serio; reservado y taciturno, demasiado reservado y demasiado taciturno... ¡Era un misterio aquel Hans!...

Aquel año, al acercarse la fiesta de Navidad, el industrial llamó aparte a Hans y le dijo a boca de jarro:

—Hans, ¿cómo vas a pasar esta Nochebuena?...

—Como siempre, señor,—contestó el mecánico—: durmiendo. En la pensión cada cual se va por su lado, y yo pienso que lo más positivo es marcharse a la cama...

—Y ¿no te gustaría pasarla este año juntamente con nosotros? Estoy contento de ti; eres trabajador y honrado. Por otra parte, estás demasiado solo en una casa de huéspedes... La Nochebuena es para pasarla en familia. ¿No te parece? En España es esa la costumbre... En Austria, no sé...

—También, también... Por más que en mi casa...

Aquellos puntos suspensivos dejaban traslucir una pena y un vacío infinitos.

—¡Bueno! ¡Bueno!...—terminó el cristiano industrial, estrechando a Hans la mano con toda ternura—. Esta Nochebuena la pasarás con nosotros... A las diez te espero a cenar...

Hans, en efecto, pasó aquella Nochebuena

con sus señores. La cena fué espléndida y regalada. Ni dulces furroneos faltaron, ni sabrosos y variados vinos trasañejos.

La señora del industrial no escatimó atenciones y delicadezas a Hans. La criada, una vez terminada sus faenas, se sentó a cenar en la misma mesa con la mayor naturalidad del mundo. Los niños cantaron villancicos alegremente y gastaron bromas inocentonas al nuevo huésped. Y Hans, el taciturno y reservado Hans, terminó por abrirse confidencialmente a su amo:

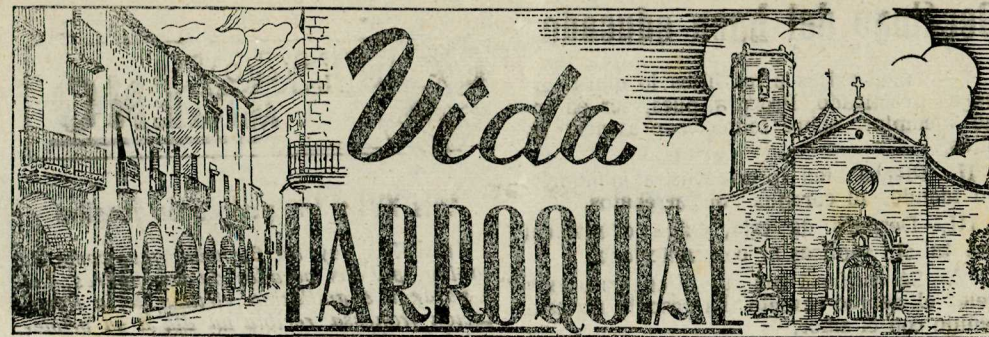
—Somos cuatro hermanos—contó al industrial—. Yo soy el mayor. Dos hermanas viven en Austria en compañía de mi madre. Otro hermano está en Barcelona con mi padre... Mi padre es protestante; mi madre, judía... Cuando tenía yo tan sólo trece años, mi padre y mi madre se divorciaron... Yo vine con mi padre a Barcelona, porque había que hacer por la vida... Jamás he vuelto a casa de mi madre, porque allí encontraría a un hombre extraño, que no es mi padre... Tampoco volveré nunca a la de mi padre, pues allí hallaría también a una mujer que no es mi madre... ¡Es muy triste mi sino! Por eso no tengo ganas de reír ni contar mi historia... Sólo que ustedes han sido tan buenos conmigo, que no he podido negarme a romper eso que llaman mis compañeros «el misterio de mi vida», aun a trueque de destrozarme el corazón.

Pocos meses después Hans ingresaba oficialmente en la Religión Católica.

Dolores y alegrías

Los más grandes dolores—separaciones por la muerte— y las más grandes alegrías de la vida—triunfos de los hijos—se dan en el seno de la familia.

Esto nos indica cuán vivos están los órganos constitutivos de esta institución social natural y divina.



Año IV ||

JUNEDA, 6 de Enero de 1956

|| Núm. 222



Glosas evangélicas

«Y entrando en la casa, hallaron al Niño con María su madre.»

(Mat. cap. II, v. 11).

«Cuándo aconteció el encuentro de los Reyes Magos con Jesús? Ciertamente no antes de la purificación de la Virgen y presentación del Niño en el templo de Jerusalén, que sabemos se reali-

zaron justamente a los cuarenta días del Nacimiento.

Probablemente, después de un año de haber nacido el Niño. ¿Por qué, si no, mandó Herodes, defraudado por los Magos, que fueran muertos todos los niños de Belén y cercanías desde los dos años para abajo?

¿Dónde tuvo lugar? Desde luego en Belén, «en una casa», y no en la cueva del nacimiento. Sin duda San José, solícito padre nutricional, pasadas las primeras apreturas, buscó una casa humilde donde instalarse con la esposa y con el Niño y en donde trabajar.

En aque la casita de Belén se respiraba vida de familia. Al Niño lo encuentran los Reyes—como antes los pastores—«con María su madre». Esto es natural.

Pero he aquí que José, avisado en sueños por un ángel tan pronto los Reyes se alejaron de Belén, «tomó al Niño y a su madre» y partió, resignado, para Egipto.

Oración, trabajo, silencio... Esto fueron las casas de Belén, de Egipto y de Nazaret, que la Familia Sagrada habitó aquí en la tierra. En ese ambiente de silencio, de trabajo y oración familiar es donde José oyó por dos veces la voz del ángel.

La familia es de origen divino

La familia lleva en sí misma algo divino y, por lo mismo, algo religioso. Fundóse la familia con la intervención directa del mismo Dios... Jesucristo, al restaurar todo orden humano, quiso que la familia cristiana se fundara sobre un sacramento... Ningún pue-

blo separó jamás la familia de la religión: las aras estuvieron siempre junto a los hogares... Siempre el sacerdote y los ritos sagrados acompañaron las ceremonias nupciales en los diversos pueblos.

(Cardenal Gomá)



La Sagrada Familia, familia modelo universal

«Tienen los padres de familia en José una norma excelentísima de la vigilancia y cuidado paternales; tienen las madres en la Virgen Madre de Dios un ejemplar insigne de amor, pudor, sumisión de ánimo y fidelidad perfecta; los hijos tienen en Jesús, que estaba a ellos sometido, un divino modelo de obediencia que admirar, adorar e imitar. Aquellos que nacieron de noble estirpe aprenderán de esta familia de sangre real cómo deben moderarse cuando sonríe propicia la fortuna y cómo deben mantener su dignidad cuando aquella muestre su ceño severo; los ricos aprenderán de ella hasta qué punto deben ponerse las riquezas a las virtudes. A los obreros y todos aquellos que a causa de las estrecheces familiares y de su baja condición tan agriamente se irritan, si vuelven sus ojos a los santísimos consortes de aquella sociedad doméstica, no les faltarán motivos para alegrarse, más bien que para dolerse, de la condición social que les ha cabido en suerte.»

(De Breve «Neminem fugit» de León XIII).